

o, me examinó y diagnosticó debía aislarse para evitar el alumnos.

orar los padres lazaristas una ario, la cual demolieron en patio de recreo, del cual cadaron sin demoler unas piezas n para el seminario mayor. A e trasladaron y allí tuve que ente solo hasta que el médico oía peligro de contagio.

ó más de 15 días y yo no veía e iba diariamente y al sirviente mda, pues ni a mis hermanos e.

os 10 años, me dió el sarampión epidemia que hubo, en la cual os mis hermanos.

r que esa enfermedad no repeber al médico, pero éste sosue el único caso que se presentó

to sufrí de dolores de muela ra resistir las extracciones, que or y a veces con mucho doían los anestésicos.

inario, me empezó a doler una erior izquierdo. Pedí permiso pañado de alguno de los pa-a. Estaba también con dolor nge, que era uno de mis más y el rector ordenó al padre os llevara donde un dentista.

que había en San José era un

alemán de apellido Van Patten. Era un viejo de alta estatura y flaco.

Cuando íbamos a la dentistería, Monge me dijo:

—Eso sí, yo me hago sacar primero la muela, porque si tú gritas no hay ni peligro de que yo me la deje sacar.

—Yo nunca grito cuando me sacan muelas, le contesté, pero puedes hacerte sacar la tuya primero.

La muela que le dolía a Monge estaba floja y era de una sola pata; sin embargo, cuando se la extrajo el dentista pegó un berrido como si lo estuvieran matando.

Me tocó el turno y Monge se situó al frente de la silla. Le señalé al dentista la muela; éste la tocó con el dedo como para saber si estaba floja. Me hizo recostar la cabeza, y con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda, me sujetó la cabeza apoyando los dedos sobre el maxilar superior. Introdujo el gatillo, agarró la muela y empezó a quererla mover y a dar tirones. Monge que estaba al frente hacía mil muecas, sobre todo cuando el dentista daba un tirón. Diez y seis tirones dió el dentista. Al último sentí como si me hubieran arrancado la cabeza. Sacó el dentista el gatillo y me dijo:

—Esto es lo mejor que ha podido suceder, pues la muela tenía tres patas agarrando el hueso de la quijada y al extraerla se vino con un pedazo de hueso. Es usted muy valiente, pues le tuve que dar 16 tirones para extraerla. En el sitio de la muela quedó un hueco enorme; el dentista empapó un gran trozo de algodón en un líquido verde y me taponeó el hueco. Éste algodón no se lo quite, me dijo, y viene todos los días para cambiárselo hasta que esté sano. Así lo hice.

Durante tres días me quedó en las mejillas la se-